



Planta y murallas del castillo de Cuéllar

cejando titubea/ y otra vez vuelve, y carga, y desbarata;/ ora cedemos ya, ya paso abrimos, ya tórnanlo a cerrar, ya al fin rompimos. Pero también las delicias del serrallo: Cien lámparas de plata el opulento/ soberbio harén con su esplendor encienden<sup>4</sup>.

Esa fidelidad de un poeta de personalidad tan vigorosa y rebelde a un tema de la adolescencia escolar nos sorprende un poco. Por más que la Reconquista no despertara entonces ningún recelo progresista, al contrario<sup>5</sup>. Recordemos la letra del Himno de Riego, el orbe se admire y en nosotros mire los hijos del Cid. Por otra parte ello entroncaba con el señuelo medievalizante, al que no escaparon los románticos ni del uno ni del otro color, aunque cada uno le tiñera del suyo. Recordemos que Víctor Hugo escribió Nuestra Señora de París.

Sin embargo creemos estuvo en lo cierto uno de los estudiosos esproncedianos, Guillermo Carnero<sup>6</sup>, cuando encontró un motivo meramente literario, sin descartar el otro, pero esencial. La de tomar el poema, continuamente abierto, como «un banco de pruebas». O sea una materia permanente a la que volver para ejercitarse, una prolongación de la academia colegial, del magisterio inmediato y viviente de don Alberto. Sin saberlo fiel al pensamiento de la Regla de San Benito de que toda la vida es una escuela. Para nosotros esta interpretación ha resultado decisiva y volveremos sobre ella aunque ya fuera del poema épico en cuestión. Volviendo a los años tempranos, todavía antes

del cierre del Colegio de San Mateo, algunos de sus alumnos fundaron nada menos que una sociedad secreta, Los Numantinos, al fin y al cabo algo muy en el ambiente, aunque resulta notable la precocidad, de doce a diez y seis años sus edades. Entre ellos estaban, además de Espronceda, su amigo íntimo Patricio de la Escosura<sup>7</sup> y Ventura de la Vega. Primero se reunían en una cueva del Buen Retiro, y luego en el sótano de una farmacia de la calle de Hortaleza, propiedad del padre de uno de ellos. Eran negras las cortinas y la bayeta que cubría la mesa, a la entrada había unas pistolas entre unas espadas cruzadas, y ellos se vestían también de negro, antifaces incluidos. La idea había sido de Escosura, que redactó el reglamento, y el que inmediatamente se le unió, Miguel Ortiz Amor, era el alcalde de Cuéllar cuando Espronceda, hay que convenir que no por casualidad, fue desterrado allí.

En cuanto a la fecha del destierro, podemos convenir en que señala una inflexión en la biografía del vate. Del período turbulento en lo erótico y revolucionario que hasta entonces se había prolongado desde la adolescencia al asentamiento más sereno tanto en la gloria literaria como en la vida política, tal la parlamentaria, e incluso en los sentimientos, a pesar de la muerte de su amada y raptada Teresa. Así las cosas podemos ver el destierro como el último coletazo de una etapa ya tramontada, lo que no implica ni cambio ideológico ni de talante temperamental, sino una fase diversa de lo uno y lo otro.

En la villa castellana empezó Espronceda a escribir la novela histórica, algo igualmente muy de moda, Sancho Saldaña o el castellano de Cuéllar, que terminó en Madrid al año siguiente, a pesar de ser muy extensa. Salió pues en seis tomos en octavo<sup>8</sup> en 1834. En solo dos volúmenes volvió a aparecer en 1869 y 1870, siendo el segundo editor Castro y Carbó. La diferencia aparente entre los tamaños de ambas ediciones hizo correr el bulo de haberse ampliado la segunda<sup>9</sup>, hacía ya tiempo muerto el autor, por un escritor que era magistrado<sup>10</sup>. Por una mera casualidad ese pretendido alargamiento va a servir ejemplificatoriamente, si bien sólo en el plano anecdótico y desenfadado, a la sugerencia a la que pasamos.

El contexto histórico de la acción es la guerra sucesoria entre Sancho el Bravo y los Infantes de la Cerda, partido el primero de los Saldaña, en el castillo de Cuéllar, y el segundo de los Iscar, en el vecino del lugar homónimo.

4.- Aromas mil a derramarse ascienden /.../ en jaspe bullen imitadas fuentes.

5.- Como tampoco la milicia, en la que se reconocía un medio inexorable para la liberación. Tanto que recordar de Espronceda datos como la profesión paterna le bautizó un capellán castrense siendo padrinos dos capitanes-, y su medio de vida de profesor de esgrima en el exilio londinense, se quedan en el nivel anecdótico.

6.- Espronceda (Madrid, 1974) 61.

7.- Éste fue el primer presidente, sucediéndole Espronceda cuando su padre, alarmado, le sacó de Madrid.

8.- Una parte de la edición encuadernados de dos en dos.,

9.- El Ayuntamiento de Cuéllar, la editará otra vez este año bicentenario, al cuidado del profesor José Montero Padilla. No es de este lugar enumerar las demás ediciones. Recordamos una de ellas en la colección popular «Novelas y Cuentos», de cubiertas atractivas, o ilustradas en color o con las efigies de los autores en blanco y negro, una digna popularización de la literatura. A este respecto es muy de tener en cuenta la observación de Chesterton a propósito del éxito de Dickens, de no tener el pueblo mal gusto, sino preferir ciertos géneros y dentro de ellos escoger lo mejor.

10.- Desmentido en Philip H. Churchman, Espronceda's «Sancho Saldaña» en la «Revue Hispanique» 17 (1907) 773-777 (apéndice a la edición del drama del autor Blanca de Borbón); cfr. B. ADAMS, Notes on Espronceda's «Sancho Saldaña», en la «Hispanic Review» 5 (1937) 304-308.